Los jugadores del lexicón

-Pues a mí, francamente, lo de fijar un heredero universal me parece muy arriesgado.

-Estoy contigo. Lo mejor es repartir juego, aunque sea a un vecino o a un pariente lejano.

-Vosotras decid lo que queráis. Yo prefiero quedarme como usufructuaria.

-Bueno, pero entonces tienes que dejar clara la cláusula.

-¿Qué cláusula?

-La que impide que te envíen al asilo por demencia senil o por cualquier otra excusa.

Perico sorbe satisfecho su Fanta mientras los tres vejestorios hablan de sus asuntos. Estoy en la terraza del bar Astoria. Ante mí tengo la Rambla recién pavimentada, con sus bonitos bancos de madera ocupados por magrebíes, el monumento a Monturiol a lo lejos, oficinas bancarias, paseantes, turistas y viejas podridas de dinero: Figueres.

-Tío, ¿me llevarás a montar a caballo?

-Si te callas, tal vez.

Sumerjo mi nariz en el gintònic para evitar el olor a Frenadol que emana de la Fanta de Perico. Acabo de regresar de un viaje por el Mediterráneo que me ha hecho reconsiderar mis relaciones con Eloísa. Nos dimos un tiempo para pensarlo. Pues bien, ya está. Decididamente, no estamos hechos el uno para el otro. Por lo demás, ella quiere casarse y yo no soporto a los niños. Mi hermana lo sabe: por eso me endosa a Perico cada dos por tres. ¿Es estrictamente necesario que no espere ni un día para largarse cuando yo regreso de un viaje? ¿No podía este monstruito dedicar la mañana a la

televisión, como todos los enanos? Pues no: hay que llevarlo a que le toque el aire. Y mi familia no está por la labor. O sea.

-Es que una no se puede fiar de nadie –prosigue la vieja-. Ahí está el caso de Lola. Su yerno le pidió que le acompañase al notario para fijar los límites de una finca, y una semana después se enteró de que había firmado un acta de compra-venta.

-No me digas.

-Lo que oyes. La pobre no tiene donde caerse muerta. El manso, el camping, la huerta, los campos... todo ha pasado a manos del yerno.

-¿Y qué notario era ése? Lo digo para no ir.

-Ése como se llame: Fernández, Rodríguez, algo así.

Hacía tiempo que no me dejaba caer por aquí. Años atrás solíamos reunirnos en esta misma terraza con Viñas, Sailor y los demás. La peña. Los pastorcillos mentirosos. Los poetas sin obra. Los estafadores sin afán de lucro. Los jugadores del lexicón. No los veo desde... desde que Viñas se casó con Ester. ¿Por qué los banquetes de boda siempre acaban mal?

-Tío, llévame a los karts.

-Si te callaras.

-Porfa...

-Que te calles.

Pues no ha quedado mal la Rambla. Más perspectiva. Más galana. Señorial. Sin desniveles ni escaleras. Se respira mejor. Sí, sin duda. Pero... ¿qué hace ese tío de la gorra entre los coches? Pero... ¿no es...?

-¡Eh! ¡Viñas!

Lleva una gorra a cuadros, una chaqueta como de piel de bisonte y una pipa en los labios. Pero lo más chocante es el cochecito, con un niño que no tendrá ni dos años. Aunque Viñas dribla violentamente a los coches y lo zarandea entre los adoquines, el niño no se despierta. Ahora pasa delante de mi mesa.

-¡Eh, Viñas!

Vaya frenazo.

-Hombre, Tomahawk, ¿qué hay?

-Ya ves, aquí, tomando el aperitivo con el gurrumino de mi hermana.

-Lo siento pero no puedo quedarme. Voy a proveerme de anfetas para el vástago.

Ya ha empezado la partida. Dejo un billete sobre la mesa y le digo a mi sobrino:

-Síguenos.

Viñas sortea a los peatones con pericia. Agarra el cochecito como a un toro: por los cuernos. Seguimos su estela hasta llegar a la farmacia.

-Spongia Tosta 9, Ledum Palustre 9 y Hepar Sulfuris Calcareum 30 –suelta Viñas de una tacada.

-No creerás en las leyendas del doctor Hanemann –le digo mientras el farmacéutico se pierde en la trastienda.

-Bueno, tú verás. Le di sodomía antigripal, pero nada.

-Tío, ¿qué es sodomía? –me pregunta Perico, que ignora el juego del lexicón.

-Supositorios.

-Ah.

Una vez tiene las medicinas en su poder, Viñas sale a toda velocidad. Nos cuesta seguirle. Atravesamos la Rambla, la calle Caamaño y la plaza de la Palmera. Luego giramos a la izquierda y resollamos hasta llegar a Sol d'Isern.

-Verás –empieza Viñas mientras busca la llave de su casa.

En mi vida nunca le había visto dudar antes de decir algo.

-Verás –continúa-. Recordarás lo de mis grillones con Ester...

-Por supuesto.

-¿Grillones? –pregunta Perico.

-Una boda, niñato, una boda. Y que te calles.

-Pues pergeñamos a este ente –señala al niño, que sigue dormido en el cochecito-. Y ayer, ella pufió.

-¿Cómo?

-Pufió, tío. Pufió. Iba por el cinturón de ronda, un tráiler que adelantó sin visibilidad y se la llevó por delante. Pufió que no veas.

La hostia.

-Qué me dices, tío. ¿Cómo que pufió?

Eso no parece un juego.

-Necesito estar solo. Llámame dentro de unos días. Te vienes con Sailor. ¿Sabes que tiene un abrevadero en Begur? Se llama Ahá. Por Melville, claro.

-Claro, claro.

Pero Viñas ya ha cerrado la puerta y nos ha dejado en la calle.

-Nos vamos de excursión –le digo a Perico mientras saco el móvil.

-¿A montar a caballo? –se sorprende.

Este niño es la leche. No pilla ni por asomo.

-¿Alberto? –le pregunto al móvil-. Dígale a la señora que no vendré a comer. Ah. Y que me llevó a Perico conmigo. Que no se preocupe

Por suerte, el coche no está lejos. Me aseguro de que Perico está sujeto con el cinturón de seguridad y enfilamos la carretera de La Bisbal. Circulo en quinta, reduciendo velocidad a cada pueblo: ya sé dónde se ocultan los Mossos. En media hora nos plantamos en Begur.

-¿El Ahá? ¿Un bar nuevo? A mano izquierda.

Aparco y vamos hacia allá. La calle está en obras: una zanja, una apisonadora en marcha. Será el gas natural.

El bar es pequeño y oscuro. Hay una vieja en la barra comiendo palomitas. Y Sailor que está secando copas.

-¿Tomahawk?

-¿Qué hay? Bonito abrevadero. Viñas me ha dicho que estarías aquí.

-¿Viñas? Creía que no platicabais.

-Bueno, lo cierto es que no platicábamos hasta hoy. Me ha contado lo del pufido.

-No veas. Así, de sopetón. Vaya pordiosez.

-Sí. Pero el tío lo lleva bien. Ni siquiera ha dejado el lexicón.

Sailor nos sirve un whisky y una Fanta.

-Toda pauta encierra una puta –dice, magnánimo.

-En cada traductor hay un tractor –respondo, raudo.

-Y un voyeur en cada voyageur.

-Por no hablar de los sectarios que encierran los secretarios.

Sailor echa un bufido.

-Ése no está mal. Bueno, ¿y cómo lo has columbrado a Viñas?

-Bueno, ya lo conoces. Como fetal.

-Lo suponía. Aunque, por otra parte, le queda Ester.

-¿Cómo le va a quedar Ester? No digas dislates. Si es ella la que ha pufido.

-¿Pero qué mascullas?

-Anda, ¿quién va a pufir, sinó?

-El cagoncillo, tío. Ha sido el cagoncillo. Pufido súbito. Lo entierran mañana.

-No me zahieras. ¡Pero si lo he columbrado yo mismo!

-Venga, Tomahawk, ¿a quién candingas has columbrado?

-Al vástago de Viñas.

-¿Cómo vas a columbrarlo si ha pufido? ¿Has ido al velatorio o qué?

-No. No me ha dejado entrar en su guarida. Lo llevaba en el cochecito.

-¿Cómo que en el cochecito?

-Parecía dormido. Le hemos acompañado a comprar panaceas homeopáticas.

-Joder, Viñas está mal del acroterio. Voy a llamarle.

Sailor aporrea su móvil.

-Nada. No contesta. Y tú, ¿no has sospechado nada?

-Bueno. El cagoncillo no se movía.

-¿Qué es el cagoncillo, tío? –pregunta Perico.

-Nada, nada. Cosas de mayores.

-No me refiero a eso –dice Sailor-. Con todas las macrogineces que soltaste el día de su boda, ¿cómo no va a mentirte? Anda que cómo dejaste el tasajo de Ester. Y diste con su propia carúncula, es decir, con sus parénquimas, o sea que en serio que no lo entiendo, de verdad que no.

-Bueno, Viñas también anduvo con Eloísa. Además, él juega como respira.

-No me refiero al lexicón. Eso de pasear con el cagoncillo pufido... Ése circula con un montgolfier del copón.

-Tío, ¿qué es un copón?

-Nada, nada. Sal fuera a jugar un rato.

-Pero entonces, me ha gastado una broma.

-Bueno, si quieres bandirlo así.

Hay una oscura lógica én el hecho de que la vieja que comía palomitas en la barra sea la misma que disertaba sobre claúsulas notariales en la terraza del Astoria. También es natural que cuando me de la vuelta esté Viñas.

-Lo siento, tío, lo siento mucho.

Llora como un carmelita, el muy papalino.

-Era broma, todo era broma.

-¿Cómo que todo? ¿Cómo que era?

-No se ha pufido ni Ester ni el cagoncillo. Lo habíamos adobado con Sailor.

-¡Vaya par de vinolentes! Pero entonces, ¿por qué lloras?

Entonces me doy cuenta de que Viñas tiene algo en los brazos.

Si en algo estábamos de acuerdo los pastorcillos sin obra, los poetas sin afán de lucro, los estafadores del lexicón, era en que algunas palabras deberían lavarse con jabón blanqueador, luego tenderse al sol durante una semana y luego plancharse y volverse a planchar siguiendo rituales decimonónicos. Y aún así, se verían sucias, gastadas por el uso. Una de estas palabras es “algo”.

-Por Perico –dice Viñas. La apisonadora...

-No me lo digas: está pufido.

Entonces sonrío porque recuerdo aquella frase de Martin Luther King: “Anoche tuve un sueño...”